





SOMBRA DE LA MEMORIA  
ANTOLOGÍA DE POESÍA HISPANOAMERICANA



# Sombra de la memoria

ANTOLOGÍA DE POESÍA  
HISPANOAMERICANA

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE  
(Selección y prefacio)



POESÍA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2019

---

Sombra de la memoria. Antología de poesía hispanoamericana / selec. y  
pref. de Philippe Ollé-Laprune ; — México : FCE, 2019

538 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)

ISBN 978-607-16-6644-4

1. Poesía hispanoamericana 2. Literatura hispanoamericana I. Olle-  
Laprune, Philippe, selec. II. Mansour, Mónica, tr. III. Ser.

LC PQ7082

Dewey 861 S843

---

*Distribución mundial*

Diseño de la colección: León Muñoz Santini

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2009, Éditions Gallimard, por la presente edición

Título original: *Ombre de la Mémoire. Anthologie de la poésie hispano-américaine*,

edición establecida por Philippe Ollé-Laprune

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere  
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6644-4

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## SUMARIO

*Sombra de la palabra* por Philippe Ollé-Laprune 11

### I. LA TRANSICIÓN A LA MODERNIDAD 21

Rubén Darío	23
José Asunción Silva	29
Leopoldo Lugones	34
José María Eguren	41
Ramón López Velarde	45
Porfirio Barba Jacob	55
José Antonio Ramos Sucre	59
Gabriela Mistral	63
Miguel Ángel Asturias	73
León de Greiff	76

### II. LA ATRACCIÓN DE LAS VANGUARDIAS 83

Vicente Huidobro	85
Oliverio Girondo	94
César Vallejo	101
Jorge Luis Borges	107
Pablo Neruda	116
Nicolás Guillén	124
José Gorostiza	131
Xavier Villaurrutia	137
Fernando Paz Castillo	142
Jorge Carrera Andrade	151
Alfredo Gangotena	159
Martín Adán	168
César Moro	175
Luis Cardoza y Aragón	180
Hérib Campos Cervera	187

### III. EL ALIENTO DE UN CONTINENTE 193

José Lezama Lima	195
------------------	-----

Enrique Molina	203
Emilio Adolfo Westphalen	211
Virgilio Piñera	217
Óscar Cerruto	228
Vicente Gerbasi	235
Octavio Paz	241
Nicanor Parra	251
Joaquín Pasos	261
Gastón Baquero	268
Gonzalo Rojas	277
César Dávila Andrade	285
Eliseo Diego	290
Cintio Vitier	297
Jaime Sáenz	302
Olga Orozco	309
Juan Sánchez Peláez	314
Álvaro Mutis	318
Ida Vitale	328
Jorge Gaitán Durán	333
Carlos Martínez Rivas	337
Amanda Berenguer	342
Jorge Eduardo Eielson	346
Roberto Juarroz	353
Blanca Varela	361
Jaime Sabines	368
Elvio Romero	374

IV. EL MUNDO CONTEMPORÁNEO	381
Tomás Segovia	383
Enrique Lihn	393
Rafael Cadenas	398
Juan Gelman	408
Roberto Sosa	413
Gerardo Deniz	418
Roque Dalton	424
Alejandra Pizarnik	429
José Carlos Becerra	436

Eugenio Montejó	443
José Emilio Pacheco	447
Giovanni Quessep	452
José Kozer	455
Juan Luis Martínez	459
Eduardo Mitre	466
Francisco Hernández	472
Juan Gustavo Cobo Borda	477
Raúl Zurita	483
<i>Notas biográficas de los autores</i>	491
<i>Índice general</i>	523
<i>Créditos</i>	535



En el afán por describir los primeros intentos de escritura provenientes de América Latina, el gran escritor cubano José Lezama Lima ofrece una visión simple y precisa: para dar cuenta de su descubrimiento, Cristóbal Colón debe recurrir a la alegoría. Siente que no tiene a su disposición los instrumentos necesarios que le permitan articular un relato realista, una historia capaz de proporcionar información cercana a lo que ve y siente. La única opción es utilizar recursos por lo general reservados a la poesía: la imagen y la fábula que ésta transmite. Los primeros rastros escritos que vinculan el mundo occidental con un universo desconocido se dirigen sin reservas hacia este tipo de discurso. A partir de este “nacimiento”, el subcontinente latinoamericano ve en este ejercicio la posibilidad de expresar su realidad y sus sueños confundidos, la fusión de las quimeras que implica con las certezas que sostiene. Europa sólo podrá entender un discurso que de ahí emane con una condición: que posibilite la aparición de fantasías e invenciones que reduzcan una realidad compleja y con frecuencia inaprehensible a una imagen cómoda que alimamente ensoñaciones difusas.

Después de esta intuición provocadora de muchos malentendidos futuros, durante mucho tiempo la historia del discurso poético habría de parecerse a la crónica de una colonia. En este campo, como en otros, lo esencial viene de la metrópoli, por lo menos por un tiempo. Los poetas manejan las técnicas que vienen del “centro”, y con ellas ejercen su talento de versificadores cuando tienen las letras como profesión. La aparición de un genio como sor Juana Inés de la Cruz es excepcional. El discurso es vigilado, la novela prohibida y el ensayo mal visto. La poesía, en apariencia lúdica, anodina e ilustrativa, garantiza un entretenimiento para veladas demasiado largas, al igual que el teatro, aparentemente tan entretenido como inofensivo.

Estas tierras parecen, pues, estar rezagadas. Atrapadas entre un sentimiento de inferioridad destinado a las colonias y el deseo de luchar contra la melancolía que alimenta la lejanía, son, sin embargo, el marco de la avidez naciente de una necesidad de reconocimiento y

de la elaboración de una voz propia. El aliento político y humanista llegado de Europa trae sus frutos a un mundo ya en ruptura con un poder que rechaza. El lenguaje literario aún vacilante tarda en conseguir la maestría que reclaman sus élites. Y, como por una de esas paradojas que las disciplinas artísticas suelen incitar, desde lo más profundo de esos territorios aparece un escritor que trastorna el género poético: Rubén Darío, de Nicaragua, rompe con las ideas recibidas, cambia las formas existentes y propone una nueva “manera de ser” para la palabra poética. Comprende las lecciones del modernismo y las adapta a la lengua española. Dada la amplitud de su visión y su capacidad de asimilación, transforma tanto el instrumento —el lenguaje y sus técnicas— como sus fines: el papel del poeta y el alcance de su obra.

El objetivo de este libro es enumerar las obras más notables de este género literario, desde Darío hasta nuestros días, e invitar a su lectura. Lejos de ser un simple ejercicio de preferencias personales, es un intento de dar cuenta del despliegue de este lenguaje en un lugar preciso en un momento determinado: Hispanoamérica después de la tercera llamada que hizo Rubén Darío.

Esta antología aspira a ofrecer un panorama tan rico como equilibrado, al presentar textos de sensibilidades y estéticas distintas, escritos en el mayor número posible de países. Los 70 poetas que figuran aquí provienen de países de lengua española. Esto excluye al inmenso Brasil que amerita por sí solo una obra como ésta y, sobre todo, cuya historia literaria está escindida de sus vecinos cercanos. Asimismo, se ha elegido no incluir aquí a los poetas de lenguas indígenas: estas literaturas han estado separadas hasta ahora de las corrientes que animan la creación en español; habría sido injusto forzar las cosas y unirlas a movimientos que no les conciernen. Por el contrario, sí figuran dos autores que escribieron la mayor parte de sus obras en francés: César Moro de Perú y Alfredo Gangotena de Ecuador. Esto no se decidió por la lengua del futuro lector. Si esta antología se hubiese pensado para un lector de lengua española o francesa, habría sido igual: la calidad de sus textos fue el único criterio.

Resalta de la lectura del conjunto un sentimiento ambivalente: hay a la vez una especie de equilibrio entre los caracteres locales y

una sorda impresión de conjunto. En efecto, podría parecer sorprendente, incluso arrogante, reunir en un mismo tomo obras que provienen de un territorio que se extiende desde Texas hasta Tierra del Fuego. Al contrario de esta idea, persiste una impresión de conjunto y el hecho de que se desarrolla una evolución común de la palabra poética, independientemente de los tonos particulares y las innegables variaciones de tonalidades que marcan las literaturas nacionales. Contra la diversidad que promete la geografía, existe una coherencia que propone la Historia. Es cierto que el aliento de la poesía chilena se reconoce, así como el desequilibrio en el furor peruano y la sorprendente calma mexicana. No obstante, existen correspondencias, semejanzas, caminos comunes que recorren autores que van en la misma dirección, con un ritmo particular.

La delimitación cronológica elegida ha parecido la más fiel a la descripción del avance de este impulso. El punto de partida, sin lugar a dudas, es la obra de quien revoluciona el género y el lenguaje: Rubén Darío. Tiene poco más de 20 años cuando nos presenta *Azul*: allí muestra la fuerza para mirar de frente los descubrimientos llegados de Europa, animado por un espíritu más rebelde y más profundo que el de sus pares hispanófonos. Sin embargo, este poeta no tiene una arrogancia impositiva ni alimenta ninguna forma de complejo. Muy pronto, como si hubiesen estado esperando una aventura de este tipo, sus contemporáneos le dan la bienvenida y aceptan los retos que propone. Esta inclinación hacia la modernidad también es portadora de tragedias, trastornos y suicidios: es el tiempo de los descubrimientos demasiado gravosos, como si estos escritores provocaran al lenguaje para hundir más su ser en la desdicha. Con la intensidad que dan los sentimientos aún nuevos, actúan sin tomar distancia, sin tratar de protegerse. Se queman el espíritu al entrar en contacto con una llamarada demasiado ardiente. José Asunción Silva y el extraño Lugones están aquí para recordarnos la sombra trágica que atraviesa los destinos de esas épocas. Pero esto se traduce en los textos como la aparición de temas ambiguos y atormentados, así como en la búsqueda de un lenguaje que no sea ni ampuloso ni transparente. Más que una generación, se trata de una colección de personajes originales, individualistas y con frecuencia trágicos. Y a partir de ahí, la poesía ya no puede atribuirse los papeles que hasta entonces le co-

rrespondían: ya no existe la exigencia tradicional de belleza clásica, del respeto a la musicalidad o de la preocupación por la transparencia en la comunicación de ideas o de imágenes.

El segundo periodo presentado aquí abre con grandes nombres como Asturias, Mistral o Borges, que representan la generación de los autores reconocidos fuera de las fronteras de la lengua española. Esta época es propicia para la instalación de un doble movimiento: por un lado, la influencia de los poetas occidentales de vanguardia sigue siendo capital, por el otro, se manifiesta el deseo de dar cuenta de una realidad local tan apasionante como indignante. El canto de Neruda exalta la grandeza de los paisajes que lo rodean, sabe reconocer su hermosura y celebrar su lado sublime; pero también su movilización política y social se levanta contra la fatalidad de lo real. En estos autores hay un ojo atento que observa las invenciones relumbrantes de los surrealistas franceses, la originalidad decidida de Gómez de la Serna y la voluntad feroz de los ultraístas españoles para crear nuevas formas. Así, pues, muchos irán a Europa e incluso se quedarán a vivir ahí los años de efervescencia de la época entre guerras. La lista es larga, de Asturias a Cardoza y Aragón, pasando por Vallejo, Neruda y Girondo. Todos vivirán allá momentos de exaltación y tratarán de transformar esas aportaciones para dejar traslucir mejor su propia originalidad. Y los que no van saben de ello casi tanto como los viajeros; toman prestado de la misma manera el espíritu que viene del otro lado del océano. Cabe mencionar aquí las extraordinarias cualidades de oído y de invención de los mexicanos Villaurrutia y Gorostiza, con una suavidad mórbida y la lengua tan bien dominada. También es la época del homenaje a un saber y un lenguaje populares, como lo hacen Guillén y Mistral, el reconocimiento de una tradición que se transmite oralmente.

El siguiente periodo reúne a los autores nacidos después de 1910. Una tradición brillante y consensual ya existe cuando empiezan a escribir. El modernismo ha sido aceptado y digerido: son más conscientes de la pluralidad del mundo y, si bien no suspenden el diálogo con Europa, se inspiran en otros sitios, añaden otras tradiciones a sus fuentes de inspiración. Ante todo, aun cuando ya habían sido

incluidos por algunos, está la aportación de poetas de los Estados Unidos. Whitman y su credo americano tendrán muchos seguidores. Además, las construcciones de Eliot, Pound o William Carlos Williams dejan muchos rastros. Pero, más allá del universo occidental, la inspiración también llega del continente asiático. Se pueden ver las consecuencias de esto en las obras de Paz, Juarroz, Gaitán Durán o Dávila Andrade, entre otros. Se manifiesta una relación con el tiempo y la trascendencia radicalmente diferente. Puede observarse en esa época un sentimiento de agudo sentido crítico, que puede mezclar humor y desesperación, distancia del observador atento y curioso y fascinación por los desequilibrios mentales. Respecto de este último punto se verán manifestaciones evidentes en las obras y las vidas de Moro, Cerruto y Martín Adán. También es la época en que se imponen las estancias en el extranjero: ya sea por trabajo diplomático (Paz, Gerbasi, Rojas, Sánchez Peláez o Martínez Rivas) o bien por la obligación de salir al exilio. Ninguna de estas fórmulas es nueva (pensemos en Neruda, Mistral o Asturias), pero el fenómeno sólo aumenta. Para diferenciar a este conjunto de poetas de la generación anterior, digamos que estos autores reciben una aportación exterior que utilizan de manera más madura, escuchan al Otro para crear una voz propia. A partir de entonces, la poesía hispanoamericana forma parte del concierto mundial de este género literario.

La cuarta y última parte agrupa a los autores “contemporáneos”, los que siguen publicando y cuyas obras han alimentado el género a partir de la década de 1950. La creación poética está, más que nunca, disgregada, fragmentada, descentrada: es muy complejo, aquí como en otras partes, definir en ella un sentido. A pesar de la inmediatez del sujeto que dificulta su aprehensión, podemos intentar subrayar algunos rasgos notables.

La violencia de la historia golpeó estas épocas y una gran mayoría de estos escritores tuvo que conocer el exilio (Segovia, Deniz, Gelman, Cadenas, Dalton, Kozer...) o una forma de exilio interior (Martínez, Sosa, Zurita, Lihn...). En los textos, esto se traduce desde luego en el surgimiento de temas políticos, pero también en una distancia voluntaria que se revela en el humor y en la ironía. Es imposible aprehender el horror de esta realidad mediante el lenguaje poé-

tico. El mundo se acerca a lo indecible y el escritor tiene dificultad para conformarse con buscar la palabra justa. Roque Dalton muere fusilado por sus propios camaradas guerrilleros, seguramente debido a su sentido del humor demasiado ácido; los textos de Roberto Sosa, siempre tan mesurados y equilibrados, estallan bajo la rabia creciente; y el chileno Raúl Zurita por poco se queda ciego después de una acción poética en que se quemara voluntariamente los ojos... Entre ira y escarnio, los poetas no pudieron evitar el choque con un universo angustioso e indignante.

Parece que esos tiempos felizmente han pasado, y la creación poética sigue evolucionando, ligada a los escritos del mundo entero y en relación estrecha con la poesía misma. Una gran cantidad de estas obras voluntariamente entran en resonancia con las de poetas de otros tiempos y otros lugares. Se funden aún más en un paisaje mundial, sin negar, no obstante, el deseo de encontrar una voz propia. La poesía dialoga con la poesía: la tradición ha sido asimilada y las relaciones con otras obras es natural, como si la escritura consistiera en entrar en relación, en un espacio elegido llamado "poesía", con autores que uno siente cercanos o, por lo menos, con quienes el vínculo se construye de manera fructuosa. Estos autores citan a sus interlocutores, los alejan, los hacen vibrar a su ritmo. Quessep y Kozzer, Hernández y Cobo Borda, Cadenas y Martínez: todos se complacen en abrir sus libros a los textos de otros escritores en un movimiento que también se puede entender como un deseo de repliegue sobre la literatura. El diálogo con el mundo pasa por un diálogo con la poesía. Con frecuencia ha sido así en su relación con la tradición, pero ahora los intercambios tienen lugar a través del tiempo, el espacio y las lenguas. La creación se encabalga con la lectura: para lanzarse a un nuevo texto, uno puede elevarse a partir de otros poemas, puede instalarse frente a otra obra y hundirse en las palabras de los otros para encontrar las propias. Esto se lleva a cabo de manera natural, sin miramientos, como si la literatura debiera conformarse consigo misma más que nunca, protegerse de una sociedad que margina su alcance y minimiza su profundidad.

Aquí, al igual que en otras partes, las vanguardias están fatigadas, y se ve también que se afirma un gusto por la musicalidad, un respeto

por la oralidad y un humor que no excluye la gravedad. Todo esto existe en una profunda estima por la tradición, una especie de fidelidad que estos poetas han sabido mantener.

A través de este siglo así recorrido, parecen persistir algunas impresiones firmes y durables. El primer rasgo notable es la relación con el exterior, la influencia de los escritos venidos de otros horizontes. Haber sido una colonia tiene ciertas ventajas: en estos territorios más que en otros, se aviva el deseo de construir una voz personal en la lengua que fue impuesta y se conoce la utilidad y la grandeza existentes en el hecho de saber escuchar y recibir la palabra del Otro. Si Rubén Darío goza del papel de padre fundador, se debe a esta incomparable capacidad. Y esto avanzará así, entre los viajes y las lecturas, los exilios y los puestos diplomáticos: el respeto y la sed de oír nuevas voces serán decisivos. Por otra parte, durante mucho tiempo, Europa recibe esta poesía con un entusiasmo cargado de gusto por el exotismo y... una brizna de arrogancia. Recordemos a Michaux que habla del “continente de los despilfarradores”. No obstante, estas relaciones son profundas y no escapan a la afirmación de Roberto Bolaño, que veía en América Latina “el hospital psiquiátrico” de Europa. En el campo de la poesía, como en otros, estas dos partes del mundo se instalan con facilidad en papeles complementarios: el centro que produce sentido y la periferia que proporciona el sueño. Esto es un poco caricaturesco, desde luego, pero va en la dirección en la que se ha visto evolucionar la creación poética. Alejo Carpentier lo dijo de otra manera cuando definió su concepto de lo “real maravilloso”: en Europa los discursos remplazaron a los mitos, mientras que en América lo maravilloso forma parte de la vida cotidiana. También aquí la afirmación tiende a la exageración, pero el papel del poeta se define: es el que sabe ver los misterios en la realidad, el que sabe descifrar los enigmas para ponerlos al alcance de todos. Esto ha dado a los poetas un papel social incomparable, mezclando el respeto que corresponde al sabio con la tolerancia que le permite todos los excesos.

Asimismo puede señalarse un gusto por el lenguaje, un placer del Verbo que rara vez se ha contradicho. Estos creadores saben asimilar las palabras llegadas de lugares lejanos, pero también escuchan la lengua de la calle, verdadero crisol de un vocabulario local que

afirma su diferencia. Las obras de autores tan distintos como Neruda, Paz o Borges están atravesadas por palabras y sonidos que emanan de la lengua local. Por otra parte, aun en los momentos más tenaces de melancolía, como en Elvio Romero, José Carlos Becerra o Jorge Eduardo Eielson, el canto del autor es transmitido por la calidad de una lengua que el lirismo habría vuelto indigesta. Se ve que las lecciones del barroco han aportado algo...

Este universo poético duda con frecuencia entre el deseo de trascendencia, el llamado a un “más allá” vertical e intemporal —siguiendo a los místicos— y una voluntad de fundirse en el mundo, de compartir sus luchas y angustias. De ahí vienen las formas de ser, complejas, ricas pero atormentadas, que forman los destinos y las obras de estos escritores. El enfrentamiento entre estéticas o posiciones políticas diferentes, incluso opuestas, de muchos poetas vienen de este vaivén, de la adhesión a una vertiente de este movimiento contra una postura necesariamente contraria. Y en el seno de una misma obra pueden sentirse las consecuencias, la presencia de un posible desgarramiento. Neruda logra ser el poeta del amor, de la celebración casi mística de la permanencia de un espíritu en estas tierras americanas, a la vez que se compromete en la vida y en sus textos en una lucha política a la que nunca renunciará. Lezama Lima canta la abrumadora riqueza cubana, la belleza intemporal, anclándola en una realidad cotidiana. Entre los dos extremos del péndulo se juega la historia de esta escritura.

A partir de fines del siglo XIX, la América de lengua española ha expresado su deseo de identidad, de originalidad y de reconocimiento: la palabra poética se desarrolló y rápidamente cobró una amplitud y una densidad sorprendentes. Constantemente desgarrada entre la afirmación de su particularidad y la aceptación de los necesarios aportes exteriores, tuvo como fin dejar una huella, negarse al abandono de una forma de ser particular en el mundo e interrogar sus misterios. Los continentes que aún se sienten nuevos se preocupan por fijar una memoria y rechazar el olvido; cuando uno se siente en la periferia, el deseo de reconocimiento de una originalidad se acompaña de la preocupación de hacer perdurar el pasado, de proyectar el presente hacia el futuro. Esta poesía se apoyará en ese sentimiento

de turbación y se alimentará de la inevitable angustia de una instalación del mecanismo de borramiento. Se yergue contra el inexorable avance del tiempo que le niega la posibilidad de eternidad que su espíritu reclama. El escritor mexicano José Emilio Pacheco lo dice: “La poesía es la sombra de la memoria/ pero será materia del olvido”.

En la incertidumbre y la precariedad que acompañan su marcha se encuentra el elemento revelador de su especificidad y de su nobleza: dice lo esencial y toca así las zonas del ser que huyen frente a la usura del tiempo. Ojalá este libro contribuya a hacer retroceder un poco más esas fronteras del olvido.

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

*Ciudad de México, 25 de septiembre de 2008*

[Traducción de Mónica Mansour.]



# I. LA TRANSICIÓN A LA MODERNIDAD



ESTIVAL

I

La tigre de Bengala  
con su lustrosa piel manchada a trechos,  
está alegre y gentil, está de gala.  
Salta de los repechos  
de un ribazo, al tupido  
carrizal de un bambú; luego a la roca  
que se yergue a la entrada de su gruta.  
Allí lanza un rugido,  
se agita como loca  
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.  
Es el mes del ardor. Parece el suelo  
rescoldo; y en el cielo  
el sol, inmensa llama.  
Por el ramaje obscuro  
salta huyendo el kanguro.  
El boa se infla, duerme, se calienta  
a la tórrida lumbre;  
el pájaro se sienta  
a reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno:  
y la selva indiana  
en alas del bochorno,  
lanza, bajo el sereno  
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana  
respira a pulmón lleno,

y al verse hermosa, altiva, soberana,  
le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña  
de marfil; luego toca  
el filo de una roca,  
y prueba y lo rasguña.  
Mírase luego el flanco  
que azota con el rabo puntiagudo  
de color negro y blanco,  
y móvil y felpudo;  
luego el vientre. En seguida  
abre las anchas fauces, altanera  
como reina que exige vasallaje;  
después husmea, busca, va. La fiera  
exhala algo a manera  
de un suspiro salvaje.  
Un rugido callado  
escuchó. Con presteza  
volvió la vista de uno y otro lado.  
Y chispeó su ojo verde y dilatado  
cuando miró de un tigre la cabeza  
surgir sobre la cima de un collado.  
El tigre se acercaba.

Era muy bello.

Gigantesca la talla, el pelo fino,  
apretado el ijar, robusto el cuello,  
era un Don Juan felino  
en el bosque. Anda a trancos  
callados; ve a la tigre inquieta, sola,  
y le muestra los blancos  
dientes; y luego arbola  
con donaire la cola.  
Al caminar se vía  
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.  
Se miraban los músculos hinchados  
debajo de la piel. Y se diría

ser aquella alimaña  
un rudo gladiador de la montaña.  
Los pelos erizados  
del labio relamía. Cuando andaba,  
con su peso chafaba  
la yerba verde y muelle,  
y el ruido de su aliento semejaba  
el resollar de un fuelle.  
Él es, él es el rey. Cetro de oro  
no, sino la ancha garra,  
que se hinca recia en el testuz del toro  
y las carnes desgarras.  
La negra águila enorme, de pupilas  
de fuego y corvo pico relumbrante,  
tiene a Aquilón,<sup>1</sup> las hondas y tranquilas  
aguas, el gran caimán, el elefante,  
la cañada y la estepa;  
la víbora, los juncos por do trepa;  
y su caliente nido,  
del árbol suspendido,  
el ave dulce y tierna  
que ama la primer luz.

Él la caverna.

No envidia al león la crin, ni al potro rudo  
el casco, ni al membrudo  
hipopótamo el lomo corpulento,  
quien bajo los ramajes del copudo  
baobad, ruge al viento.

Así va el orgulloso, llega, halaga;  
corresponde la tigre que le espera,  
y con caricias las caricias paga,  
en su salvaje ardor, la carnicera.

<sup>1</sup> Aquilón: viento del norte.

Después, el misterioso  
tacto, las impulsivas  
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;  
y ¡oh gran Pan!, el idilio monstruoso  
bajo las vastas selvas primitivas.  
No el de las musas de las blandas horas  
süaves, expresivas,  
en las rientes auroras  
y las azules noches pensativas;  
sino el que todo enciende, anima, exalta,  
polen, savia, calor, nervio, corteza,  
y en torrentes de vida brota y salta  
del seno de la gran Naturaleza.

## II

El príncipe de Gales<sup>2</sup> va de caza  
por bosques y por cerros,  
con su gran servidumbre y con sus perros  
de la más fina raza.

Acallando el tropel de los vasallos,  
deteniendo traíllas y caballos,  
con la mirada inquieta,  
contempla a los dos tigres, de la gruta  
a la entrada. Requiere la escopeta,  
y avanza, y no se inmuta.

Las fieras se acarician. No han oído  
tropel de cazadores.  
A esos terribles seres,  
embriagados de amores,  
con cadenas de flores  
se les hubiera uncido

<sup>2</sup> El príncipe de Gales: heredero de la Corona de Inglaterra.

a la nevada concha de Citeres<sup>3</sup>  
o al carro de Cupido.

El príncipe atrevido,  
adelanta, se acerca, ya se para,  
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;  
ya del arma el estruendo  
por el espeso bosque ha resonado.  
El tigre sale huyendo,  
y la hembra queda, el vientre desgarrado.  
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,  
chorreando sangre por la herida abierta,  
con ojo dolorido,  
miró a aquel cazador, lanzó un gemido  
como un ¡ay! de mujer..., y cayó muerta.

### III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño  
a los rayos ardientes  
del sol, en su cubil después dormía.  
Entonces tuvo un sueño:  
que enterraba las garras y los dientes  
en vientres sonrosados  
y pechos de mujer; y que engullía  
por postres delicados  
de comidas y cenas,  
como tigre goloso entre golosos,  
unas cuantas docenas  
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

<sup>3</sup> Citeres: isla griega, patria alegórica de los amores, en donde Venus surgió del mar en una concha.

YO PERSIGO UNA FORMA...

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,  
botón de pensamiento que busca ser la rosa;  
se anuncia con un beso que en mis labios se posa  
al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;<sup>4</sup>  
los astros me han predicho la visión de la Diosa;  
y en mi alma reposa la luz, como reposa  
el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,  
la iniciación melódica que de la flauta fluye  
y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventana de mi Bella Durmiente,  
el sollozo continuo del chorro de la fuente  
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

<sup>4</sup> Peristilo: patio rodeado de columnas.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA  
[Colombia, 1865-1896]

NOCTURNO

Una noche,  
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música  
[de alas,  
una noche,  
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas  
[fantásticas,  
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,  
muda y pálida  
como si un presentimiento de amarguras infinitas,  
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,  
por la senda que atraviesa la llanura florecida  
caminabas,  
y la luna llena  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,  
y tu sombra,  
fina y lánguida,  
y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectada,  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban  
y eran una  
y eran una  
¡y eran una sola sombra larga!  
¡Y eran una sola sombra larga!  
¡Y eran una sola sombra larga!

Esta noche  
solo, el alma  
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia

por el infinito negro,  
donde nuestra voz no alcanza,  
solo y mudo  
por la senda caminaba,  
y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
a la luna pálida  
y el chillido  
de las ranas...

Sentí frío; ¡era el frío que tenían en la alcoba  
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
entre las blancuras níveas  
de las mortuorias sábanas!  
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,  
era el frío de la nada...

Y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectada,  
iba sola  
iba sola  
¡iba sola por la estepa solitaria!  
Y tu sombra esbelta y ágil,  
fina y lánguida,  
como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de músicas  
[de alas,

se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!  
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches de negruras y  
[de lágrimas!...

## VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,  
sin voz y sin color, saben secretos

de las épocas muertas, de las vidas  
que ya nadie conserva en la memoria,  
y a veces a los hombres, cuando inquietos  
las miran y las palpan, con extrañas  
voces de agonizante, dicen, paso,  
casi al oído, alguna rara historia  
que tiene oscuridad de telarañas,  
son de laúd y suavidad de raso  
¡Colores de anticuada miniatura,  
hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;  
cincelado puñal; carta borrosa;  
tabla en que se deshace la pintura  
por el tiempo y el polvo ennegrecida;  
histórico blasón, donde se pierde  
la divisa latina, presuntuosa,  
medio borrada por el líquen verde;  
misales de las viejas sacristías;  
de otros siglos fantásticos espejos  
que en el azogue de las lunas frías  
guardáis de lo pasado los reflejos;  
arca, en un tiempo de ducados llena;  
crucifijo que tanto moribundo,  
humedeció con lágrimas de pena  
y besó con amor grave y profundo;  
negro sillón de Córdoba; alacena  
que guardaba un tesoro peregrino  
y donde anida la polilla sola;  
sortija que adornaste el dedo fino  
de algún hidalgo de espadín y gola;  
mayúsculas del viejo pergamino;  
batista tenue que a vainilla hueles;  
seda que te deshaces en la trama  
confusa de los ricos brocateles;  
arpa olvidada que al sonar, te quejas;  
barrotes que formáis un monograma  
incomprensible en las antiguas rejas;  
el vulgo os huye, el soñador os ama

y en vuestra muda sociedad reclama  
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños  
con esencias fantásticas y añejas  
y nos lleva a lugares halagüeños  
en épocas distantes y mejores;  
¡por eso a los poetas soñadores,  
les son dulces, gratísimas y caras  
las crónicas, historias y consejas,  
las formas, los estilos, los colores  
las sugerencias místicas y raras  
y los perfumes de las cosas viejas!

Estrellas que entre lo sombrío  
de lo ignorado y de lo inmenso,  
asemejáis en el vacío  
jirones pálidos de incienso;

nebulosas que ardéis tan lejos  
en el infinito que aterra,  
que sólo alcanza los reflejos  
de vuestra luz hasta la tierra;

astros que en abismos ignotos  
derramáis resplandores vagos,  
constelaciones que en remotos  
tiempos adoraron los Magos;

millones de mundos lejanos,  
flores de fantástico broche,  
islas claras en los océanos  
sin fin ni fondo de la noche;

¡estrellas, luces pensativas!  
¡Estrellas, pupilas inciertas!  
¿Por qué os calláis si estáis vivas  
y por qué alumbráis si estáis muertas?...

A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE

A veces, cuando en alta noche tranquila,  
Sobre las teclas vuela tu mano blanca,  
Como una mariposa sobre una lila  
Y al teclado sonoro notas arranca,  
Cruzando del espacio la negra sombra  
Filtran por la ventana rayos de luna,  
Que trazan luces largas sobre la alfombra,  
Y en alas de las notas a otros lugares,  
Vuelan mis pensamientos, cruzan los mares.  
Y en gótico castillo donde en las piedras  
Musgosas por los siglos, crecen las yedras,  
Puestos de codos ambos en tu ventana  
Miramos en las sombras morir el día  
Y subir de los valles la noche umbría  
Y soy tu paje rubio, mi castellana,  
Y cuando en los espacios la noche cierra,  
El fuego de tu estancia los muebles dora,  
Y los dos nos miramos y sonreímos  
Mientras que el viento afuera suspira y llora!

.....

¡Cómo tendéis, las alas, ensueños vanos,  
Cuando sobre las teclas vuelan sus manos!